

ALFONSO VALLEJO

EL LUGAR DE LA TIERRA
FRIA



Col. AGORA
ALFAGUARA / MADRID

El lugar de la tierra fría

Alfonso Vallejo

© Alfonso Vallejo

Depósito legal: M 20925-1969

Diseño y maquetación: Francisco Ortiz Cuadrado

www.novtiz.es

e-mail: comercial@novtiz.es

A Antonio y Ángeles

El lugar de la tierra fría
el lugar bajo
lleno de humedad.
El aire de la ventana,
el aire de corredor
más inmensamente grande y frío.
Los movimientos iniciales de las manos
quedaron en las cortinas.
Fue un ángel final,
un ángel solitario e incipiente
aquel murmullo de las manos en los cristales
comunicándose por las ventanas.
La mesa roja,
las pinzas en la cuerda,
todo estaba preparado para aquellos dedos.
Y el hombre delgado,
el que todo lo vio,
el personaje de cueva,
el de la mirada vuelta,
ya tiene la cara azul de reflejos.
Casi como un suspiro.
Así fue la historia.

EN LAS PRIMERAS ESQUINAS

En las primeras esquinas
la calle se oscureció
y ya en las derivaciones
quedó cortada.
Los pájaros más inclinados
ocuparon los vientos de gestos imprecisos.
Después ya no hubo más que acercarse a la raíz,
en aquellos llenos de plantas
los portales más frondosos
de quedarse allí parado
en aquellas entradas cubiertas de verdor.
No faltó ni el árbol cargado de avispas y estrellas.
Yo lo vi,
lo sentí.
Yo fui el primer testigo
de aquel acto de la noche.

El uno abría camino,
el otro quedaba detrás
oscurecido por las enramadas.
Las fibras de los bordes
dejaban pasar el color de la carne,
pero las interiores eran compactas.
La llave sonaba en el bolsillo como parte misma de la ropa.
La noche estaba negra
cargada de ruidos centrales
y de aceites maduros en sus olores,
que siendo despejados,
eran más consuelo que aceite.
Como si todos se hubiesen puesto a quejarse en sus articulaciones
ruidos de cuchara contra el cuerpo,
el grupo de los dolientes,
escondiendo la carne bajo las ramas
perdidos en el monte.
El caballo de madera cayó de la mesa
y al llegar al suelo hizo un ruido de caballo muerto.
La noche estaba negra.
Al final sólo mi padre salió.
Y allí, en medio de la noche,
plantó sus brazos abiertos.

Las ventanas lisas,
sin resaltes,
concentradas en la fuerza de sus cristales.
Los balcones erguidos
con sus aves propias
con sus fachadas de elementos concretos.
Los picaportes blancos,
las enramadas blancas
tiasas de cal.
El color repetido,
el aire,
el aire mismo en su perseverancia de aire y color.
Fue un sentimiento corto
de extravío.
Empezó en los límites de la penumbra,
en la claraboya,
en un intento de cálculo o graduación.
Empezó con el ojo pegado a su párpado,
con la carne pegada a la vista.
Fue el mar con su desplazamiento,
la sustancia de la mirada misma.
Fue un estado de incoherencia
de informaciones inciertas
cubiertas de sentidos,
una vibración.
Fue.

Como una marea,
como una gran respiración de suelo
que invadió los cristales
y empañó los ojos.
Una humedad,
un sufrimiento de tierra llenando el cuarto,
ocupando su espacio interior.
Fue la noche inmediata
la oscuridad inmediata invadiendo los muros,
los tabiques en su propia carne
tirándolos por filas.
Fue un asalto de paredes
una invasión de paredes en la esperanza de un cuarto cercano
mantenido por la cal;
un cuarto superior expuesto al viento y al frío.
Una palpitación de baldosas
un acto de rebelión.
Debió ser
como un latido de la base,
un estremecimiento de la tierra misma en su raíz y sus semillas.
Y allí en medio,
absortos,
permanentes de sus manchas terminales,
con la frente apoyada a la ventana,
hombres
centrados en su esqueleto.

Aquello pasó,
aquel murmullo de las paredes,
el de las calles desiertas, pasó.
Pasó la densidad de los emparrados
y la preocupación por la tierra.
Pasó.
Acabó.
Aquello todo acabó.
Pasó con el simple movimiento de la mirada.
Debieron ser los párpados
o el cansancio mismo de la cara.
Debió ser aquel conjunto de barandillas
y esa misma escasez del campo,
esa carencia de suelo vegetal en torno nuestro.
Recuerdo el momento,
ese vicio de sal,
esa perversión de sal
como quien se impone una esclavitud de luz y de calor.
Recuerdo que al no saber de la entrada
ni de la calidad propia de las ideas que pensábamos acumular,
al no saber la altura de la próxima marea
ni la longitud de los barcos,
ni el ancho de las quillas que nos pasarían por encima,
emprendimos los actos reflejos.
Ese fue nuestro destino.

Se fue como el dintel
sin haber entrado.
Como la luz del palomar,
casi sin abrir las alas.
Como la puerta trasera abierta a la casa y al frío.
Las calles de alrededor
permanecieron bloqueadas
de tapias y jardines,
las ventanas cerradas,
las maderas puestas.
Casi ni entró ni salió
ni pasó ni quedó fuera.
Se fue como el dintel sin haber entrado.
Se quedó a las afueras,
en el umbral de la puerta.
Casi ni entró ni salió,
no movió ni las ramas superficiales.
El fuego crepitaba,
fue un sonido lento y continuo
como de lluvia
que consumió la madera
y tapó los ruidos de la playa.

El frío y el viento
fueron los primeros signos.
Cuando llegó la lluvia
ya estábamos todos
preparados al barro y al cansancio.
Por la ventana
llegaban los movimientos de los perros.
Por el sonido de las patas
sabíamos la densidad del agua y su distribución.
Todos permanecíamos atentos
con la conciencia a nivel del suelo,
concentrados en las palpitaciones de la tierra.
Distinguimos claramente la somnolencia de la selva,
la selva y el bosque en su estado propio
con silbos de pájaros
antes desconocidos.
Pero no pasó nada.
O pasó y no supimos distinguirlo.
Pasó al lado,
rozándonos,
no en un momento
sino en conjunto.
Fue todo lo que se movió.
Lo notamos
y seguimos al borde del fuego.
Algo se nos escapaba.
Todos lo sabíamos.

Al abrir la ventana
el aire llenó la habitación.
Las tablas se movieron,
hubo una vacilación en las partes íntimas del jardín
y la ropa del patio sonó en el exterior.
Los grupos de allí
no sabíamos cómo expresarnos.
Teníamos los cuerpos grises
de tanto peso de rincón,
la mente apagada
a dos palmos de no recordar,
casi absorta en las rendijas,
concentrada en las claridades.
La piel más fina
los aires más calientes
de playa y estanque.
La oscuridad más oscura
del cuarto,
el ángulo más oscuro
con los sonidos más tenues.
Al abrir la ventana
no bastó la tela a los ojos
para el polvo y el aire.
Era un murmullo de emparrado,
una mesa que permanecía en sus dimensiones,
un torpor mineral en los bajos que dominábamos.
Nos pusimos cada uno tendidos,
con los ojos cerrados
del dolor de la luz,
en silencio.

Las cosas
quedaron pegadas a la pared
en el lugar preciso,
donde tú las dejaste.
Los árboles y las frutas,
las plantas y luces,
como las quisiste.
El sonido y los movimientos,
el cuarto entero como tú lo dejaste.
Yo quedé en el mismo sitio
no quité los ojos del punto
ni cambié los signos de la pared.
El alma la dejé en la puerta alta,
libre a las corrientes externas.
Primero cayeron las piedras,
después hubo períodos de crecida
y tierra pantanosa
que ni los días más calientes
de los meses más calientes
volvieron a su ser natural.
Sólo permaneció el viento,
unas corrientes potentes que cruzaron las paredes
y volvieron mi pensamiento al mediodía.

Más allá de la tapia
se formó el ruido.
El silencio ya estaba allí
desde antes,
en el centro.
Lo más sorprendente
fue el movimiento de las hojas más altas,
el de las ramas más verdes.
Fue sorprendente la posición de las últimas palabras
tan dichas a media voz
y el último atardecer,
el último temblor de la pared
fue sorprendente también.
Los que pasaron,
pasaron de perfil
y sin ser vistos
por fuera,
pegados al borde de la tapia.
Al otro,
al del barro,
quedaba la presencia de la lluvia;
su presencia final pegada a la hierba
en el lado del camino donde no pasaban las personas.
Te volviste.
Tú, te volviste
y la casa toda,
mi jardín todo, con su volumen de recuerdos,
quedó,
siguió en silencio.

Enfrente de la cama había una pared
y en la pared colgaban manchas oscuras.
La calle
desde antes
estaba llena de espacio y personas.
Eran los primeros movimientos del día
y ya todo estaba soleado.
Era como un día que llega sin crepúsculo,
era como un ruido de negros que empezara a formarse en el
cuarto
y era también un pensamiento de agua corriente
o una plaza de frutas
que no lejos de allí tenía su apogeo.
Martillo,
un amigo mío,
bajó al jardín
y me dijo que había gran violencia en las plantas,
que preparara café y anís que la muerte se acercaba.
El tren se detuvo.
Y mientras en la naturaleza entera
grandes volúmenes de vida
pegaban en las puertas y paredes,
yo, desde la cama,
pensaba en mi hijo José.

La carne y el aire,
la palabra y el sentido;
las palabras más amargas que hubiera de decir,
allí quedaron,
entre las cosas que me pertenecían.
Igual que el humo va a la flecha
y más allá de la flecha el instinto,
hablaban de entregarse
como si de plaza sitiada se tratara.
Y eran unas llaves de grandes racimos
que sonaban en la cabeza.
Era una venta
y otros hablaban de muerte
como si a la puerta fuera
concreta.
Una forma de sueño,
eso debía ser.
Hombres que en los momentos del agua y la camisa nueva
se ponen a la puerta
a dar con grandes manojos de llaves,
que masas de insectos se separen del aire
y se pongan a reunirse,
que mi casa estuviera cerrada
y que yo a la puerta,
intentara comprender.

En la plaza había una fuente
y un movimiento de manos
de mujeres que sacaban agua.
En los soportales
nudos de hombres inmóviles y pensativos.
Del borde de las paredes
llegaba un frescor a hojas y plantas
y del castillo, una voz como rebotada
dicha entre labios para aquel lugar.
Me recordaba
un instante sin vida
entre Miraflores y Avignon.
Me recordaba, al lado de la comida y el agua,
con mi alma y mis pensamientos tirados por el suelo,
cuando el aire crecía
y grupos de hombres
concentrados en la sombra
pensaban en ti.

Un aire circulando,
gente allí
en el lugar propio
y afuera los pinos.
Otros pensaban en la salvación de Chipiona
por unos días de gran guerra.
Eran instantes de cansancio
compartidos en silencio
mientras
a través de la ventana
temblaban las paredes más frescas
que existían allí,
puestas al mar.
Era un pueblo,
era un pueblo al lado caliente de la playa
con las paredes más frías,
más blancas del sur.
Y todo esto pasaba fuera
por encima de nosotros.
Un aire que pasaba las cosas,
el aire más fino,
las playas más frías,
más blancas del sur.
Después te apartaron de mí
y yo me quedé en el lugar
inmóvil.

Se me quedaron las manos dormidas.
Después llegaron pájaros que abrieron el día.
Yo me creía de Ronda y de una noche sin estrellas
pero el día estaba entrado
y un gran calor reinaba en la casa.
También pensaba en fuentes
y me veía en unos lugares llanos
como si de frutas y carnes se tratara la carne mía.
Y era un lugar sin sol,
una habitación llena de rincones con sombra
y como de espesura.
Una habitación de ramas con frutas
puesta en el centro del calor.
Yo no podía entrar en mi casa.
Había unos paredones de gentes,
animales dispuestos
que la hacían infranqueable,
lunas que colgadas en las paredes
hacían imposible el sueño.
Recuerdo estos instantes
entre enfermos de hospital,
entre gentes con cabezadas precisas
que dejaban caer por turno,
como grandes racimos de vida.
Y yo salía,
entonces salía
y me ponía al sol.

El agua que no.
Después quitaron los mapas
y quedó la habitación
inmóvil y sin defensas.
Los demás de la casa
siguieron en silencio
y miraban afuera
por las rendijas.
Fue sólo un instante entre Peñaranda y Calción,
sin palabras.
Un instante solo entre todos los demás
que no perteneció ni al tiempo ni al movimiento
de aquellos días.
Era un sonido de aire
distinto entre todos los aires, vientos e instantes
que pasaron allí.
Era la tórtola.
Corría de día,
corría de noche
sin ruido de pasos detrás;
no dejaba historia ni tampoco movía las plantas
y el campo quedaba tan sereno
que todo el mundo esperaba que pasara,
mirando por las rendijas,
con los ojos grandes llenos de polvo.
Después la comida,
la comida y el aire que teníamos para respirar
y también el calor.
Entonces nosotros, como salvación,
en un instante de descuido,
en una parada de tren entre Peñaranda y Calción
nos juntamos en las rendijas
a pensar en ti.

Le cortaron las ruedas
y el carro cayó por la pendiente
como un peso muerto,
como un carro sin vida.
En Dahlem el eje
más allá los puntales.
Al llegar a Mariendorf
sólo quedaba un gran silencio entre los campos
sin presencia de carro ninguno.
Por la puerta abierta,
por el jardín abierto
había un temblor
una intranquilidad de hojas,
un continuo movimiento de ramas.
En las ramas, frutas
y más allá,
en las horas más calientes del mediodía,
una tristeza mineral.
Las ventanas eran blancas,
suaves los ruidos;
hasta la calidad misma del aire era sorprendente.
Uno movió la silla,
otro ladeó la cabeza.
Yo quedé en la sombra
oculto entre las flores de la mesa.

Eran las horas medianas de la noche.
El aire andaba ya cargado de olores,
de grandes racimos torcidos.
La calle estaba solitaria.
Algunos nos removíamos debajo de las mantas,
nos mirábamos en el humo por el blanco de los ojos.
Eran horas intermedias de hojas como tabaco
que nos poníamos en la boca
y así desfigurados,
con los primeros grupos de pájaros
salíamos al aire exterior.
Algunos huían por los tejados como los gatos
y como a los gatos los bajaban
con el corazón parado y grandes manchas de sangre en la frente.
Otros se daban al hambre y la sed,
utilizaban cerillas para verse
y silbidos como en los meses calientes.
Después llegaba el sonido de la playa
y el agua temblaba
como pájaros exteriores.
Los más, presos de fiebre,
quedaban en los rincones más oscuros del cuarto
con la frente en el suelo
y tanta era la desesperación
que no abrían las ventanas
ni la puerta
y quedábamos en la oscuridad
presos de ensoñaciones.

Con las primeras
doblaron las plantas.
Con las segundas las ramas.
A las terceras no se llegó.
Y, sin embargo,
el jardín quedó con sus pájaros intactos,
con las hojas dispuestas
como si todo fuera a empezar.
Pero no empezó.
Parecía que iba a empezar,
pero fue el fin.
Más allá de los cristales,
por encima de la tapia
había un espacio verde y vegetal
y, más allá,
detrás de Peñaranda
un lugar preciso y penetrante
como un jardín sin pájaros
o un árbol sin hojas.
Después hubo un silencio
y en medio de la noche
como un último gesto de desesperación
se oyó resbalar la lluvia por el tejado.

En el cuarto había una cama
y en la cama una oscuridad
cubierta de partes delicadas y hondas respiraciones,
como un vuelo de pájaros inmediato a levantarse;
en el cuarto todo como un olor,
un movimiento de sábanas que recordaban partes vivas
de algo que empezara a desaparecer.
Sonó la puerta
y la trastienda con todo el polvo del año
y la calle con sus grupos de ruidos,
sonó hasta la cabeza.
Fue un sonido de engranaje
un desplazamiento de días grises y fríos,
como partes propias que fueran desapareciendo,
pegando aquí y allá
entre grupos de esquinas y hombres
por la calle de la Cruz.

El ruido,
la última planta
y después no hubo nada.
Saqué la cabeza por la ventana
y la calle ya estaba desierta,
sin árboles y sin luces.
Después pasó un hombre,
un perro;
después llegó la noche
con sigilo,
imperceptiblemente.
Nosotros quedamos en las sillas
a oscuras
con la puerta abierta para que entrara la luz,
pero la luz no entró.
Alguien dijo que era incomprendible
una noche que llega sin pájaros finales,
tan en silencio, con los últimos ruidos.
Quisieron encender el fuego
y la rama no prendió.
Era como el fin,
todos lo interpretamos como un signo de muerte.
Jenaro entró.
Yo con medias palabras
le pregunté qué era.
Dijo que era la muerte.
Y afuera,
tu voz
situada en el centro del jardín.

Dejé a los animales en libertad
y la casa quedó desolada
sin ruido y sin movimiento.
Abrí las puertas para salir
y no salí.
Pasé el cuerpo
y algo quedó detrás
y nadie supo lo que era.
El triste
sacó la mano entre las hojas
y no llegó.
Había en la naturaleza como un cansancio,
como un frescor último.
Por la ventana no pudo llegar
y bajó a la puerta
pero no salió.
Quedó en la oscuridad,
en un rincón de la pared
mirando.
Los ojos grandes, abiertos
y nadie supo lo que era
lo que pasaba detrás.
Le confundieron con el último
y no era el último.
Era el triste.
Quiso coger las hojas
y no llegó.
Quedó en el rincón
con las palabras preparadas para ti.

Al carro le pusieron calzos,
el perro murió
y hubo un silencio general
entre el aire y las personas.
Alguien pasó con el cuerpo al hombro
y el alma detrás,
arrastrando
como la cadena de un perro que acabara de morir.
Y cayeron maderos al patio,
tiraron maderos al patio,
en signo de desesperación.
Tú te pusiste en la puerta,
dijiste palabras incomprensibles
que alguien confundió con el mar.
Palabras oscuras
dichas a media voz,
en forma de ruido.
Después,
cuando ya nada,
ni el primer golpe de la mañana
supo imitar el sonido de tus pasos,
planté la planta que tú querías,
saqué mis pájaros a la ventana
y quise morir.